



Fémina

REVISTA ESCOLAR

SUMARIO

- | | |
|--|-----------------|
| I.— <i>A vuela pluma...</i> | ROSINA. |
| II.— <i>Jesús... de Magdalena...</i> | JESUS S. TERAN. |
| III.— <i>De una suscriptora...</i> | M. DE BARONA. |
| IV.— <i>El Aguila Imperial...</i> | DR. CILLA. |
| V.— <i>La pérdida de una amiga...</i> | S. G. |
| VI.— <i>Amores y amoríos</i> | T. ADORO. |
| VII.— <i>Cuentos de FÉMINA:
Como un descanso...</i> | C. LUAN. |
| VIII.— <i>Homenaje.</i> | |
| IX.— <i>Rosita campestre.</i> | GARDENIA. |
| X.— <i>Folletín de FÉMINA:
Una carta en la Legión.</i> | |

15 cts.

Fíjese usted bien en estos artículos y en estos precios.
Observe que son muy buenos y muy baratos

Loción «Pompeña», 5,95 frasco.
Esencia «Pompeña», 6,50 frasco.
Rojo Brunet (cajita verde), 1,45
caja.

Polvos chinos (dentríficos), 1,45
caja.

Polvos S'Origan (caja de borlas),
4,95 caja.

Jabón barras para afeitar, 1,25
tubo.

En estuche de Vikel, 1,75 tubo,
Jabón «Sunlight» (doble pasti-
lla), 1,25 barra.

Máquinas afeitar (Gillette), 7,95
una.

Otras marcas, desde 1,50 una.
Medias seda, gran refuerzo, 3,95
par.

Las mismas, con flecha bordada,
4,95 par.

Medias hilo puro (refuerzo úni-
co), 4,50 par.

Calcetines lana, desde 0,60 par.
Bufandas, seda y lana, desde 3
pesetas.

Medias algodón, con refuerzo,
desde 1,50 par.

Paraguas novedad para señora y
caballero (tejidos impermeables), 9
pesetas.

Guantes, pañuelos, camisetas de lana y algodón para señora
y caballero. Inmenso surtido.

Agua de Colonia, Agua de Ron y Quina, y esencias muy con-
centradas. Todo a granel.

Son los más baratos y mejores.

Inmenso surtido en todo el ramo de

:-: Perfumería y artículos de belleza :-:

Recomendado: Productos LUCINY
Especialidad: Saquitos compuestos LUCINY

Los hay para rubias y para morenas, a UNA peseta uno.

No usar estos saquitos para el lavado del cabello, es atentar contra
la belleza.

CASA BOYERO

Plaza Mayor, núm. 1, y Zamora, núm. 1

SALAMANCA

FÉMINA

SEMANARIO ESCOLAR

Órgano defensor de la Federación Católica Femenina de Estudiantes

Redacción y Administración: LUNA, NUM. 3
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
Al mes, 0,75 pesetas. Número suelto, 0,15.

A vuela pluma

Comenzamos nuestra tarea de investigar faltas cometidas por funcionarios públicos; no tenemos datos concretos, pero sí el rumor del no cumplimiento de su deber, por parte de un Inspector jefe, de no recuerdo cuál enseñanza; tiene el tal señor bajo su vigilancia a un determinado número de maestros; sobre ellos no sabemos cómo obrará, pero sí sobre uno, ha llegado a nosotros el rumor de que procedía arbitrariamente; no acusamos públicamente por la inseguridad, por no saberlo con carácter, para nosotros, *oficial*; pues el tal afortunado sobre el cual se abría la mano en materia de inspección, era perteneciente al grupo de la Alamedilla, donde actualmente continúa.

Salmantinos: creemos esta labor, una labor santa, la de exigir para la infancia el conocimiento de las letras, que si en algunas de nuestras escuelas perciben la educación y enseñanza necesarias, en otras lo dudamos.

Y, señor Inspector, que no se cumplan los rumores, que todo ello no pase de ser un rumor, es lo que para usted deseamos; pues si se comprobase, sería una especie de mancha la que habríais colocado en vuestra carrera.

La presente semana, se ocupará en adquirir por menores y ver lo que haya de cierto en todo ello; si en realidad una escuela se abría a la temprana hora de las

diez de la mañana, o todo ello no ha sido más que una broma de mal gusto que nos han querido dar, y un palo en nuestra naciente labor periodística y nuestra comenzada labor quijotesca, de desfacer entuertos.

Lo que haya de cierto en todo esto lo aclararemos en el número próximo, para que obren como deba cada una de las piezas que integran la gran máquina de la nacionalidad española.

ROSINA.

Jesús... de Magdalena

De una suscriptora

Se extingue la neblina;
 su cara peregrina
 asoma el Sol naciente;
 dos ángeles descienden lentamente,
 de un sepulcro la losa levantaron
 y batiendo sus alas se elevaron.
 Jesús resucitó. Agita el viento
 sus albas vestiduras. El aliento
 que acaricia su frente
 embalsama de aromas el ambiente,
 mientras Jesús contempla los arcanos
 donde tiende la nieve de sus manos.

Los guardias el sepulcro abandonaron;

unas santas mujeres se acercaron
 y al no ver a Jesús, continuaron...

Mas una jóven que al Rabí adoraba,
 llorando se quedaba,
 transida de dolor,
 muerta de amor.

Sus ojos en la fosa y en el pecho
 sus blancas manos, cual en blanco le-

Se oyen unas pisadas
 y se cruzan, ansiosas, dos miradas.
 Decidme, por favor. ¿Do está mi due-

¿Turbásteis, vos, su sueño?
 ¿Do le habéis escondido?
 Llevadme donde esté tan dulce nido.

Y mientras contestaba,
 María, sin consuelo, agonizaba.

Mas Jesús sonreía
 y así dijo a María.

Ven hacia mí, mujer. no tengas pena
 ¿no ves que soy Jesús... de Magdalena?

JESÚS S. TERÁN.

Ciudad Rodrigo, Noviembre 1922.

Al perincrito se-
 ñor Baza Fuentes.

Han llegado a mi conocimiento ciertas opiniones que usted ha emitido acerca de mí, por cierto nada favorables; por lo cual le digo lo que dicen, hablar detrás es de c...

Sé que hay muchos fantoches en el mundo y desde este momento, sé de uno más.

Y para otra vez, lo sepa: si algo tiene que decir de mí, dígamelo en mi propia cara, pues, como ve, soy mujer, sin embargo no faltará quien me defienda.

Salamanca y Diciembre de 1922

MATILDE BARONA.
 * * *

N. de la R. Este suelto que se nos ha entregado, lo hemos considerado publicable, desde el momento en que es de una señorita, miembro de la Federación Católica Femenina de Estudiantes, quién nos lo entrega, y esta revista no lo puede decir más claro: es *Organo defensor de la Federación Católica Femenina de Estudiantes.*

Se solicita colaboración
 de todos los estudiantes.

EL AGUILA IMPERIAL

*Sobre la excelsa cumbre del monte de la Gloria,
hay un hueco en las rocas, hay un nido inmortal,
donde anida deshecha, vencida, agonizante,
donde llora a sus hijos el Aguila Imperial.*

*Recuerda entristecida sus épicas hazañas,
que salen de su pecho cual lúgubre lamento,
y mira resignada sus alas ya caídas,
que perdieron la fuerza para batir el viento.*

*Ya no quiere la vida; para nada le sirve,
después de haber sufrido el humillante ultraje,
sólo siente el helado soplado de la muerte
atarazar sus carnes desnudas de plumaje.*

*Mas siente horrorizada morirse tan deprisa,
porque aquellos sus hijos, a quienes le vencieron,
no ha podido llorarlos lo que llorar debiera,
a las águilas héroes que por ella murieron.*

*Mas pasarán los años, y si ella no muriese,
ha de llegar un día, un supremo momento,
en que cubierto todo su cuerpo de plumaje,
y cuando ya sus alas batir puedan el viento,*

*se elevará valiente a las altas regiones,
y a fuerza de aletazós dejará estremecida
una por una a todas las naciones, que hicieron
creer al mundo entero que pudo ser vencida,
cuando tan sólo fueron sus pobres aguiluchos
a los que asesinaron... Y esperando ese día,*

*sobre la excelsa cumbre del monte de la Gloria,
hay un hueco en las rocas, hay un nido inmortal,
donde anida deshecha, vencida, agonizante,
donde llorala sus hijos el Aguila Imperial.*

DR. CILLA



LA PÉRDIDA DE UNA AMIGA

A la memoria de mi mejor amiga Concha Martín.

¡Qué pena se experimenta cuando se pierde para siempre a una amiga querida, a una amiga del alma!

¿No lo has notado tú, querida lectora? ¿No es verdad que se siente una pena tan grande, tan honda, como la que se sufre cuando se nos muere una hermana?

Y sobre todo, si esa amiga es como la que yo he perdido, plena de juventud, simpática en exceso, nada orgullosa, con un corazón noble y dotada de un alma caritativa y bondadosa.

Imaginad, pues, mi pena; imaginad, pues, mi dolor, con la pérdida de nuestra querida compañera, nuestra querida Concha (que gloria goce), mi mejor amiga, casi mi hermana.

Yo pasaba con ella las alegres tardes del verano, en nuestros paseos, nuestras distracciones; como así también las pesadas y largas veladas del invierno, en las cuales, y mientras el viento furioso soplaba, nosotras, con su familia y en la mayor intimidad, nos sentábamos alrededor de un buen brasero y a la mesa, donde nos entreteníamos con inocentes juegos, o con la lectura de nuestros bonitos cuentos de Calleja.

¡Qué felices tiempos aquellos! ¡Qué dicha aquella! Pero ¡ay!, llegó un momento, el momento crítico que a todos nos llega, que para todos está decretado, el señalado por la Divina Providencia, de separarse nuestra alma del cuerpo; y ella murió. Ya no salgo con ella de paseo; ya no jugamos juntas al lado del brasero, que a las dos nos calentaba; ahora, en vez de leer cuentos, rezo el rosario para que Dios la tenga a su lado, para que Dios la tenga en la mansión de los justos, en el cielo.

S. G.

Alumna de la Normal.

Amores y amoríos

Jesús, Dios mío; ya llegó el momento. ¡Estas chicas! Nada; que esperaba al sábado como agua en Mayo; me dan tanto que hacer...

Doquiera voy, a eso del atardecer, cuando las primeras sombras aparecen, ya tengo que ir preparando lápiz y papel; no me dejan descansar un momento. No ha terminado de borrarse en mi retina una amartelada parejita, cuando otra tengo delante; y lo que yo digo: si llevo un chico para llevarme la cartera, es lo suficiente para que huyan y no se los encuentre en todos los años de su existencia.

Pero bien; no dejemos pasar el tiempo, y digamos lo que hemos visto.

En primera fila, está una señorita que ya lleva bastante tiempo con su amor; desde el año pasado. A veces, viste de negro para ir en contra de su... ¡Señores: por

aquí no se puede pasar! — oigo que me dicen con voz ronca y un tanto grave — es suscriptora.

Pues, señor; vayamos con otra que se llama lo mismo, que ya sabréis es Blanca.

¡Cuidado, hombre, que me rompes algo!

Este severo, más severo que un censor en tiempo de crisis, se cree que yo soy sordo, y no se conforma con avisarme de palabra; pues, paciencia, Por lo visto, todas las blancas están aseguradas en la compañía «Unión Fémica Española»; a ninguna se la puede dedicar nada.

Pasemos a otra.

Se trata de una que, aunque la llamen Moreno, es rubia como el oro, y para mayor contraste de colores, posee un abrigo azul, con el cual se combina el color de la gabardina del enamorado, cuyo nombre empieza por la letra tonta de T. El chico lleva unos lentes que le caen muy bien, por lo cual le sería sumamente fácil la conquista.

Una que venía conmingo, que acababa de llegar del pueblo y no está acostumbrada a esos lujos, me preguntó que quién era, y si estudiaba para ministro. Me reí; ¿qué iba a hacer?

Serían las siete de la tarde. pasábamos por Colón, y le compadecí. ¡Pobrecillo! ¡Cuántas cosas tiene que tener, a pesar de sus hermosas piernas y no poder moverse! Me parece que cualquier día se suicida.

Continuamos en nuestra captura y busca de lo que nos hace falta.

Entramos por el monumental arco de la Plaza Mayor, que mira a San Pablo, la calle ¿hé?, y según me cuenta un sevillano, por el que pasó Carlos V en un hermo-

so asno, dirigiendo la expedición a Roma.

Pues bien; feliz tropiezo, al amparo del techo de la hermosa plaza, nos encontramos con un tocayo del famosísimo Constant; no acabo, sólo diré que fué emperador de Roma, y éste estudia en la Normal. Rubito, abrigo claro *dernier crie*; gorra de igual color, que hace un contraste caprichoso con las patillas rubias, de la que, a juzgar por el nombre, a nadie desampara.

Cansada mi mano de la pluma, la dejo y guardo la lista hasta la próxima semana, en la cual vendrán conocidísimas y simpáticas chicas, cogidas como las anteriores *in fraganti* delito; sí delito se puede llamar, lo cual dudo.

La que todo el mundo conoce,

T. ADORO.

Cuentos de «Fémica»

Como un descanso...

—¿Usted cree que la señora tardará? Es un contratiempo; yo necesito verla hoy. No puedo irme sin verla... La esperaré, no tengo prisa, además. Puede usted continuar sus ocupaciones, sin preocuparse de mí, joven.

—Como usted quiera, señor. Pero aquí no puede usted esperar; hace mucho frío y la señora, al volver, me regañaría. Debe usted subir...

—¡.....!

—Aquí, en esta habitación, esperará cómodo; está ya templadita. Ahí tiene usted los periódicos de hoy, están todos, los de Madrid, los de aquí. Procure entretenerse, la señora salió hoy de com-

pras y precisamente por eso tardará... ¡Con su permiso, señor!

Un portento de bondad la doncellita, tan linda. Bien tocada con su traje negro. Sonrió al visitante en última reverencia y salió.

Guzmán quedó solo. La sonrisa forzada con que atendió los cumplidos de la muchacha, desapareció, y el gesto hostil de visible mal humor, le crispó el semblante.

Como un autómatas, lentamente, paseó la habitación, fisgoneando los muebles.

Los periódicos indicados, en el velador del centro, algunos. Otros, *El Debate*, *Nuevo Mundo*, abiertos y tendidos por las sillas.

Indudablemente, antes que él alguien los repasó, esta mañana.

Les miró las fechas... eran del día.

Acaso ella, al salir... ¿Por qué tendría tantos periódicos en la casa? ¡Y de todos los matices, ellos! ¡*Vida Nueva*...! ¡*Atiza*! ¡*Vida Nueva*, allí! *El Sol*, *La Esfera*, *Mundial*... ¡*Mundial*!, abierta, por una determinada página... El número de *Mundial*, correspondiente al mes de Septiembre último, y en aquella página, deslucida, como de mucho manosearla, el retrato de un hombre. El suyo.

«Nuestras figuras literarias». En letras grandes por cima del fotograbado. Y en letras pequeñas: Don Emilio Guzmán, distinguido literato, que al publicar, su novela, «Por una mujer», de la que reproducimos parte del tercer capítulo, ha obtenido un franco y definitivo éxito...

Guzmán temblaba, emocionadísimo.

Uno a uno, rápido, fué mirando todos los ilustrados. La mayor parte de fechas atrasadas; todos, tenían alguna relación con su vida de triunfador literato.

Y ahora comprendió por qué el diario *Vida Nueva* estaba allí. En él colaboraba Guzmán.

¡Luego no se le había olvidado en aquella casa...! Sin sospecharlo, él que seguía en su muda textura de ofendido, sin intentar medios que le aproximasen a lo que algún tiempo constituyó la suprema esperanza de su vida... A lo que había sido acicate de todas sus ambiciones... a lo que era el deseo insatisfecho, en la eternidad de sus amarguras ocultas... Sin sospecharlo, en aquella casa, Julia Otero, la rubia adorada de su alma, le recordaba. Llenaba su vida sola de viuda joven, con los recuerdos del amado, venidos, como trompetas de fama, en todos los diarios españoles...

Una década.

¿Recordaría Julia, a Emilio Guzmán, el hombre que la amó mucho ocho años antes, que sólo era Emilio Guzmán, ignorado, o sería admiración aquella baraúnda de revistas, orgullo de haber sido amada, por el celebrado novelista, el Emilio Guzmán de hoy?

¿Era vanidad de ella, saberse la protagonista de aquella novela «Por una mujer», que el mundo le celebraba, o era afán de imponerles a todos su culto, por sobre todas las conveniencias, el tener, precisamente en aquella habitación de visitas como pregoneiros del ideal que no han muerto, todos los periódicos que le discutían...?

Sentía calor, se destocó el sombrero y la capa, arrojándolos en la silla más cercana.

Volvió a pasear hasta llegar al fin de la puerta abierta, por la que se veía todo el pasillo largo, recto, desembocar en la galería llena de sol.

En ella dos chiquillos rubios, estrepitosos, vocingleros, jugaban

«a la guerra»; parecía a Guzmán, la galería llena de sol, el cuadro de una pantalla cinematográfica, y los chiquillos rubios, lindos, tocados con singulares arreos de batalla, muñecos vivientes, proyectados a todo color por luz intensa de un potente foco.

—Sus hijos, los dos niños rubios pensó—. Dos hijos de ella, muy de ella, tan rubios, tan bellos...

Les miró detenidamente, en una fotografía, grande, sobre la cómoda. Tan parecidos, que a ser gemelos, no lo fueran tanto. Las caritas perfectas sonrientes. Los vestidos iguales, sin que ni un sólo detalle desentonara aquella armonía, cargante, de extremada.

¡Una ridiculez el afán de uniformar a las dos criaturas tan rigurosamente! Hasta la sonrisa de ambos, parecían haberla hecho de la misma intensidad. ¡Eran guapos y simpáticos los dos muchachos rubios!

Y fué, curioseando, una a una, las fotografías del mueble.

Gente conocida, casi todos. Ninguno de Julia. El viejo, sí, erguido, derecho, en su aire de perdona-vidas. El viejo don Ricardo Otero, padre de ella, autoritario y mandón.

Guzmán mirándole, obsesionado, hubiera querido darle vida... Que aquella fotografía, agrandándose, creciéndose en toda la amplitud que el original tuvo, fuese unos instantes el mismo don Ricardo vivo, el déspota, el gañán sobre todo.

¡Con qué placer, él, Guzmán, hubiera hecho de sus odios, tanto tiempo contenidos, armas para vengar en el bárbaro destructor de sus ideales, el truncamiento de su soñada ventura!

No se devuelven los originales.

¡Cómo comprendía, que solamente en aquella testuz del viejo, pudo albergarse la traición a él...!

Buscó entre todas la del marido, «el zafio mozo, dueño y señor de tierras y ganaderías». El marido impuesto a Julia, rechazado por ella hasta el último momento, y después soportado, como inevitable, en los cuatro o cinco años que vivió. ¡Un acierto, acaso, la muerte con aquél hombre!

¿Pero cuál sería de ellos?

¿Este desconocido tipo de sastre aldeano, amanerado, rústico?

Probablemente. En cambio, no era feo.

Saltarín, un timbre repiqueteó en el silencio de la casa.

La doncellita, corriendo, atravesó el pasillo y tiró del cordón que abría la puerta.

Una voz de mujer, que estremeció a Guzmán, gritó desde abajo:

—Amalia: baje a recoger los paquetes del coche.

Luego, al cruzarse en la escalera:

—Y los niños, Amalia, ¿están contentos?

—Bien, señora; en la galería. La señora tiene visita.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Quién? ¿Hace mucho que espera?

—...

La misma nerviosidad hablando. La misma voz. La misma rapidez de concepto. ¡La misma voz, cantarina, dulce y suave, acariciante!

Guzmán, aturdido, un poco azorado, se arreglaba el traje. Negro, impecable en corte. Elegante, más que nada.

En el espejo del biombo se hizo un examen breve, encuadrando la alta estatura en la luna biselada de clara percepción. Se encontró bien. Guapo y arrogante, además. Un poco pálido: mejor así.

Adoptó un aire afectado, de

desdén. Que al llegar ella, pareciera «no esperarla».

Y ella estaba ya en la puerta. Gentilísima, más que nunca, Julia Otero, la viudita joven, capitalista, en la plenitud de sus bellezas bien cuidadas.

Ocultas las ondulantes formas en el amplio abrigo de «estein». Los dorados rizos asomando, como suave cascada bajo el sombrero grande, de alas rectas. Había llegado sin ruidos y un poco violenta, esperaba ser vista.

Tuvo que teclear al fin, en la puerta abierta. Y al volverse Guzmán...

—¡Oh...! —llóchi impresionadísimo —Emilio ¿Tú...? ¿Usted, al fin...? ¿Qué quiere? ¿Por qué vino? Emilio, ¿Que es esto?

—Julia... ¡perdón! Seré breve: llegué esta mañana y te he esperado toda ella.

Quería verte... verte sólo. No he venido en afanes retrospectivos de continuar historias, que si fracasaron a mi pesar, no fracasaron... ¡Sólo verte, no con quejas, no con revanchas! ¡Es como anhelo de un descanso en la fatiga de este vivir mío, hecho a base de amarguras, encauzado, sujeto al dolor! ¡Perdóname este egoísmo del alma que me impele a interrumpir esta paz que te rodea... Parecíame, además, que la vida se me agotaba sin satisfacer el más pujante deseo de ella...! Debiera traer rencores, debiera traer odios, y ya ves... ¡Te veo, y sólo pedirte perdón hago...!

—Perdón ¿de qué, Emilio? Tus rencores son justos. Merezco tus odios, que no supe evitar la afrenta. ¡Fuí débil! ¡Estabas tan lejos...! Tu presencia hubiera bastado a mantener mi rebeldía... Mi padre me amenazó seriamente con monstruosos proyectos... si no le obedecía. Y ante el infierno que

se me auguraba... más que nada el escándalo... cedí. ¿Qué iba a hacer...?

¿Qué nos queda que hacer...? Ellos, los dos han muerto. Mi pobre viejo, satisfecho de su obra. En su concepto obró bien... y él, mi marido... hartó tuvo con resignarse a mi desvío...

Dejemos a los muertos... En cambio tu recuerdo, ni un instante se apartó de mí... ¡Te he recordado tanto!

—Lo sé —labió brevemente Guzmán, volviéndose en indicación al velador cubierto de revistas.

—¡Ah! Lo has visto todo. He buscado siempre todos cuantos traían algo de ti. ¡Me enorgullecían tus triunfos!

Y a un gesto amargo de él, rectificó:

—Y además, el encanto de saber en todo momento de tu vida...

Por ti, me acostumbré a tener como únicos compañeros los libros. Compré todos los tuyos... Ven, mira.

Y de los casilleros de un mueble, coquetón y frágil, lindo como un estuche, fué sacando todas las obras de Guzmán, perfectamente coleccionadas.

Guzmán sonrió mirándola, al mostrarle los libros, como argumento único convincente de que le recordó siempre.

—Este Emilio, ¡por Dios! Gracias a que aquí se lee poco... Todo el mundo hubiera conocido en este don José, de «El Cacique», y en éste Félix, a mi padre y a mi marido.

—¿Y mentí, Julia?

—¡Qué sé yo! En tu concepto y el mío, no... ¡Eramos las víctimas! En el de ellos... Mi padre

De venta en todos los kioscos.

era...eso, mi padre. Mi marido...
era el padre de mis hijos...

—Tus hijos, los continuadores
de la obra, ¿no?

—¡Pobres hijos! Son mi ale-
gría... ¡Si vieras qué guapos son!

—Son tuyos, Julia. Los he vis-
to ya... Mira, me voy... Creo que
vienen ellos en tu busca, y de los
hijos de tu marido no tolero una
mirada de extrañeza.

—¡Estás loco...! ¡Pobres ánge-
les...! ¿Por qué no has de querer-
les, si son mis hijos, Emilio? ¿Por
qué no hemos de acariciarlos jun-
tos?

Hablaba insinuante Julia, bus-
cando en los ojos de Guzmán la
aprobación al cúmulo de proyec-
tos que en los suyos reflejaba.

La miró Guzmán comprendien-
do. Un poco sorprendido, miedo-
so a rendirse a la esperanza que
le alboreaba.

Luego, lento, extendió las ma-
nos, pidiendo las de ellas, que se
le posaron acariciantes. Se estre-
charon, mudos, en la explicación
clara, de alma a alma.

Los chiquillos rubios, apare-
ciendo en la puerta, les dieron la
sensación del momento. Despren-
diéronse las manos, y un poco
confusos, fueron a acariciarlos.

Y allí otra vez, sobre las rubias
cabezas, sellaron promesas que
habían de cumplirse.

C. LUAN

Salamanca, 2 de Diciembre de 1922.

Los suscriptores que no reci-
ban a su debido tiempo los nú-
meros, se les ruega den la queja
en la Redacción, con la indica-
ción de nombre o domicilio, para
corregir el defecto que pudiera
haber.

Homenaje

El 3, domingo, será homenajea-
da en Béjar, por sus simpáticos
habitantes, la premiada en los
Juegos Florales, señorita Ame-
lia Martín Rivero, colaboradora
nuestra.

La Redacción de FÉMINA se aso-
cia al movimiento de simpatía be-
jaranista «Pro Amelia».

Modas CLOTILDE

ANTONIO GIL

García Barrado, 1

SALAMANCA

Rosita campestre

*No era una rosa nevada
de las rosas que yo vi;
que era una niña tan bella
como un bello serafín.*

*Sus ojos eran de cielo,
brillantes como el ofir;
sus cabellos, hilos de oro,
su frente, nieve y carmín,
y celos daban sus labios
a los capullos de Abril.*

*Todas las tarde solía
ufana al campo salir
a recoegr bellas flores
y coronarse feliz
cual ninfa de la pradera
o princesa del pensil.*

*Una tarde que en la selva,
cuando el sol iba a morir,
ataba lindos manojos
de violetas y jazmín,
vió salir de entre la fronda,
radiante, hermosa y gentil,*

a la reina de las hadas
y su voz escuchó así:
«Bella niña, bella niña,
¿quieres conmigo venir?
Yo te llevaré a un palacio,
a un palacio de marfil,
ninjas de bucles de oro
te saldrán a recibir
con guirnaldas y diademas
para coronarte a ti.

Tendrás un lecho de flores,
serás reina de un jardín
donde siempre es primavera
y el cielo de azul turquí...
Ven: yo lo quiero, y de grado
o por fuerza has de venir.»

Calló el hada misteriosa
y se oyó un rumor sutil
de músicas delicadas
que llenaban el confín...
No se vió más a la niña
de ojos de cielo; y allí
donde estuvo atando flores,
del césped sobre el tapiz
nació luego un rosal bello
y una rosa en él fué abrir
blanca con franjas de fuego
de delicado matiz,
como la faz de la niña
más bella que un serafín.

GARDENIA.

Casas CENTENERA

La Popular y Casa Verde

Corrillo, 24 ————— Zamora, 3

Estos establecimientos son los
más surtidos y económicos de
la provincia, en toda clase de

Confecciones para caballero y niño

Academia Santos

Preparatoria para carreras Militares y especiales.

Resultados obtenidos en la última convocatoria.

Los señores presentados en los distintos ejercicios, y los resultados obtenidos fueron los siguientes:

De 1.º, 2.º y 3.º, don Miguel Sánchez García, aprobado en tres Academias.

De 1.º y 4.º, don Eduardo Pérez Lombana, aprobado en la Academia de Infantería, y don Luis Latorre Bethencourt, aprobado en la de Artillería.

De 1.º, 4.º y 5.º, don Jesús Montes Martín, aprobó el 1.º y 4.º en Infantería, y don Manuel Morán Gutiérrez, aprobó el 1.º y el 4.º en Infantería, y los tres en Artillería, ingresando en dicha Academia con el número 36, de las cien plazas.

Horas de matrícula: De 15 a 18.

Para completar detalles, pídase el Reglamento, en Conde de Romanones, 3, principal. — Salamanca.

Los suscritores que marchen fuera de Salamanca pueden dejar su dirección en la Redacción, con lo cual se le enviarán, donde sea, los números.

Imp. «Editorial Salmantina» (S. A.)

Plazuela de San Isidro

Salamanca.

El, muchas veces, al levantarse, bajaba a las habitaciones de su padre, y muchas veces, abrumado éste de visitas y trabajo, le encargó a él, o de recibir aquéllas, o terminarle aquél, dejando en su distracción de hombre preocupado, en la mesa o en los cajones de la mesa abiertos, dinero, ¡mucho dinero! Los fajos de billetes perfectamente prensados.

Los de mil pesetas, escandalosamente extendidos en su grandeza de papel tamaño.

De quinientas, de cien, hasta los de veinticinco, abundantes en su calidad de más fáciles. ¡El cogería unos cuantos solamente de estos más humildes! ¡Unos cuantos fajos de veinticinco, a condición de devolverlos enseguidita! ¡Sí, era facilísimo!

Y a la mañana siguiente bajó, y esperó mucho tiempo a que su padre lo dejase sólo. Hubo muchas visitas, que por su condición, el hombre público pudo atender sin reservas y sin abandonar su trabajo.

Luis desesperaba ya de conseguir su objeto, cuando anunciaron un hombre de importancia, porque su padre salió presuroso a cumplimentarle, sin cuidarse de encargarle nada.

Como el ladrón que espera el momento oportuno, se abalanzó Luis a la mesa, y disimulando cuanto pudo sus movimientos, por temor a la fiscalización del secretario, que más allá ordenaba unos pliegos, rebuscó entre papeles y libros, en los cajones, en los apartados. Sólo vió un atado de billetes grandes. Eran de mil pesetas, y los envolvía un papel blanco, con esta nota: «García, día 4». Es decir: al día siguiente.

Los guardó presuroso, y volvió a su vagabundeo por el despacho, aparentando indiferencia.

Aquella misma noche perdía toda la cantidad envuelta en el papel blanco, que decía: «García, día 4».

Al día siguiente su padre buscó inútilmente un paquete de treinta mil pesetas, que debía entregar como vencimiento de un préstamo.

Supo quien era el ladrón, y la pena de descubrirle

más que la de la pérdida de la cantidad, contribuyó al ataque apoplético que le inutilizó para su vida pública.

Luis no volvió a su casa. Anduvo huído, oculto; y apremiado por la necesidad de una orientación cualquiera a su vida, aceptó un puesto de galán joven en una compañía que iba a salir a provincias.

El director, amigo suyo, le reconocía facultades. El conocía las obras del repertorio, y no haría mal papel. Además, era guapo; cualidad indispensable en un galán joven. Debutaría en Valladolid, después a Salamanca y otras provincias. Total: tela hasta fin de temporada.

La proposición le pareció una enormidad. Luego le hizo reír; y por fin, convencido de que a su casa no debía volver, siquiera por respeto a sus padres justamente ofendidos, y que en Madrid no podría precisamente por ser el Luis Balaguer, el hombre de mundo más notable y más conocido, mendigar una colocación donde regenerarse, aceptó; y salió como galán joven en la compañía de comedias que dirigía el primer actor Teodoro Díaz de la Torre.

En Valladolid tuvo éxitos debidos a su figura, y en mucho a su arte.

Como buen aficionado, era comprensivo, y un par de ensayos le eran suficientes para adueñarse de las obras.

Luego, en Salamanca...

Maquinalmente Luis buscó en el bolsillo de la guerrera la carta recibida, y recordada ahora ante la visión de la ciudad inolvidable.

Había cerrado la noche, y no le fué posible repasarla de nuevo.

Y al doblarla, lento, pesaroso de la obscuridad, una mano, posándosele en el brazo, le sorprendió y le detuvo. Una voz gimió:

—Anda, Luisillo, cuéntame. Me muero de curiosidad; te he seguido; aquí estaba contigo. Te he respetado esos suspirazos que soltaste. ¡Parecían huracanes! Pero has vuelto a enseñarme esa carta, y me fastidia que sal-

EXCELSIOR. Agencia de reclamaciones a Ferrocarriles:-:

Constituida por empleados de oficinas de Intervención de Ferrocarriles.

Personal competente para reclamaciones judiciales y extrajudiciales. Tasa y detasa de talones, y, en general, sobre toda clase de asuntos relacionados con transportes ferroviarios. Traducción literal de toda clase de documentos en idiomas extranjeros.

PRECIOS ECONOMICOS
Doctor Riesco, 15, Salamanca

SASTRERIA DE
Bruno Cañas

Para señoras y caballeros.

Especialidad en traje-sastre

GRANDES FANTASIAS

Esta casa confecciona abrigos de pieles.

OBISPO JARRIN, 10

SALAMANCA

FRANCISCO TORRES

HORCHATERÍA Y CERVECERÍA
CAFÉ - LICORES - MARISCOS, ETC.

ESPOZ Y MINA, NÚMERO 18

CAMISERÍA INGLESA

Corbatas fantasía. Guantes. Géneros de punto. Equipos de novio. Ropa blanca. Blusas. Abrigos.

CASA VIÑUELA

Plaza Mayor, 44 y 45. Salamanca.

MATÍAS LUDEÑA

Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria

PLAZA MAYOR, 10, Principal.

* * * SALAMANCA * * *

Academia de corte

Se confeccionan vestidos para señoras y niñas.

Se cortan patronos a la medida que se desee.

Precios módicos. - Ricarda Pérez. - Doctor Riesco, 51.

DROGUERIA Y PERFUMERIA
Teodoro M. Ramírez.

Perfumeria del país y extranjera.
Colores, pinturas, brochas y pinceles.
Rúa, 2, Salamanca.

Antonia Prior.
MODAS

Especialidad en trajes fantasía para señora y niños.

San Pablo, 19.

Para trajes, gabanes, pellizas, impermeables, gabardinas, calzado, paraguas, etc., etc.

Bazar Colón

Plaza de la Libertad, 11
Salamanca.

Academia Politécnica VALLS

Si desea usted garantizar el éxito en los estudios de sus hijos, matricúlelos en esta Academia.

Hay secciones especiales para Instituto, Normales, Oposiciones al Magisterio, y todas las del Cuerpo Jurídico.

Clases especiales de Mecanografía, Taquigrafía y Comercio.

San Boal, núm. 1
SALAMANCA